

ciosa y fijando de vez en cuando en María una mirada inquieta é indagadora.

Una de esas mañanas, ya cerca de la hora en que debían regresar á casa para disponer el almuerzo, hallábanse Paula y María sentadas en un sitio muy próximo á la carretera de Campeche. Súbitamente María se puso en pie prestando atento oído. Escuchó largo rato, fijando sus miradas, con ansiosa insistencia, hacia el Sur de la carretera de Campeche; pero no habiendo visto nada que llamarle pudiera la atención, volvióse á dejar caer con desaliento en la piedra que le servía de silla.

—Parecióme, dijo á Paula, haber oído voces y pisadas hacia ese lado.

—Algo esperas, sin duda alguna, respondióla ésta sonriendo maliciosamente, cuando te llama la atención y te sobresalta aun el ruido de las ramas de los árboles.

María sobresaltóse más aún con la observación de su compañera, é inclinándose ruborizada la frente, no halló palabras con qué contestar.

—Vamos, hija mía, continuó Paula tomando entre las suyas una mano de María, ha llegado el momento de las confidencias: necesario es que hablemos con toda franqueza, con absoluta confianza; preciso es que me abras tu corazón, que me per-

mitas leer en tu pensamiento. Desde la muerte de tu santa madre, quedéme á tu lado, por recomendación suya, para suplir su falta en todo cuanto sea posible, y como casi al mismo tiempo de su muerte, tuve el dolor de perder á mi adorada Juana, á mi hija única, tú eres quien llena en mi corazón ese vacío que en él dejó su muerte, de manera que tú sin mí, sentirías más la falta de tu madre y yo sin ti, me hubiera entregado á un dolor tal, que me hubiera causado ya la muerte. Debo, pues, cuidarte y dirigirte como si fuera tu misma madre, alegrarme con tus alegrías y consolarte en tus penas; este mismo deber me da cierto derecho á inquirir y averiguar el motivo de tus alegrías y la causa de tus tristezas. No es, pues, vana curiosidad la que me guía.

Hace algún tiempo que noto con dolor que tu salud comienza á quebrantarse: estás pálida, triste y ojerosa; padeces frecuentes distracciones, muy frecuentes, cosa rara en tu carácter antes alegre y bullicioso; durante largas horas de la noche te agitas inquieta en tu hamaca, sin poder conciliar el sueño, y observo, en fin, que no eres hoy la misma de antes. Pero lo que me causa mayor desazón, es que ya no me confías tus penas, no me haces conocer tus impresiones ni me revelas el motivo de tus inquietudes, lo que me hace com-

prender que no soy dueña de tu confianza, que ya no poseo tu cariño.

—¿Cómo, Paula, ¿qué dices? ¿qué motivos te he dado yo para que así dudes de mi cariño? Como hija te quiero, y siempre así te he querido, sin que me crea digna del amargo reproche que me diriges.

Así dijo María y rompió á llorar, pues tal era el estado de su ánimo, que una frase, una palabra cualquiera bastaba para hacer que las lágrimas brotaran á sus ojos. Estréchóla Paula entre sus brazos, y jugando sus lágrimas con el extremo de su toca.

—No te aflijas, dijo, no llores, hija mía, que no ha sido mi objeto causarte mortificación alguna, sino proporcionarte la ocasión de desahogar tus penas, porque indudablemente algunas tienes.

—Pero si no estoy triste, si no tengo penas, ¿qué penas puedo tener? soy rica, mi tío me quiere como si fuera mi padre, y tú eres tan buena como solícita y cuidadosa conmigo, ¿qué, pues, puedo desear, ¿qué me puede hacer sufrir?

—Y sin embargo, hace algún tiempo que la tristeza se ve clara y manifiesta en tus ojos, en tu semblante, en toda tu persona.

—¿Pero desde cuándo has notado en mí semejante tristeza?

—Desde cuándo? Desde nuestra llega-

da de Campeche; y como á los pocos días de esto dejamos á Xkalunkín para radicarnos en Helelechakán, he atribuido la causa de tu tristeza á la ausencia de tu pueblo natal. Si es así, nada más fácil que volver á Xkalunkín.

—Eso, no; me moriría de tristeza si tal hicéramos, porque no podría soportar la ausencia de tantas personas que han emigrado á Helelechakán y á otros pueblos comarcanos.

—Entonces, hija mía, sólo hay un motivo á que atribuir tu tristeza.

—¿Qué motivo?

—El amor.

—El amor!

—Sí, hija mía, tú amas, tú estás enamorada.

—Yo! ¿enamorada! ¿eso quiere decir que yo ame á un hombre que no sea mi tío Pedro?

—Que tú antes á un hombre de la misma manera que un hombre á quien yo no conozco, te amas á ti.

—¿Un hombre! ¿y quién es ese hombre?

—Coco.

—Coco! exclamó María sorprendida.

—Oh! jamás! añadió con invencible repugnancia.

—¿No le amas?

—No, no le amo.

—¿No, no le amo? ¿cómo es eso?

—Perdona, como hablabas con tristeza

de los que se han ausentado de Xkalunkin y como Cocom, que hace algún tiempo anda prendado de ti, se fué á Campeche....

—No, jamás, no amo á Cocom ni podré amarle nunca.

Y María permaneció largo rato muda, absorta, como si allá dentro de sí misma, hubiera algo que absorbiera de una manera absoluta su pensamiento, como si allá de lo más hondo de su alma hubiera surgido una visión deslumbradora, una imagen iluminada por los diáfanos rayos de una luz divina y misteriosa.

Las palabras de Paula habían sido una revelación. Descorrióse ante los ojos de María el velo que le ocultaba un mundo para ella hasta entonces desconocido, el mundo del amor, y fué entonces cuando vino á su memoria, una vez más, la mirada de Juan, cuando sintió en su mano la dulce presión de la de éste, cuando escuchó la melodía de su voz, y rompiendo á llorar, echóse en brazos de Paula, exclamando:

—Sí, ero es, eso debe de ser; amo, mi querida Paula, amo con todo mi corazón.

—Ya lo había adivinado y sólo por eso me resolví á hablarte por primera vez de estos asuntos. Pero dime, si no es Cocom el objeto de tu amor, ¿quién puede ser? ¿Quién entre los naturales de nuestro pueblo reúne las condiciones de Cocom? ¿Quién como él une á juventud y gallar-

día, amor al trabajo y valor, nunca desmentido, en los trances más serios y peligrosos? No hay tronco, por robusto que sea, que resista mucho tiempo al hacha de Cocom ni hay fiera que en los bosques no caiga herida ó muerta por la bala de su fusil ó por el filo de su machete. Además, aunque no es rico, desciende, á creer lo que dice, de los antiguos reyes de Zotuta.

—No, Paula, no amo á Cocom; y ya que me has hecho comprender lo que yo misma ignoraba, voy á revelarte con toda franqueza el estado de mi corazón. ¿Recuerdas á aquel joven español que hallamos en el camino de Campeche? Iba acompañando á una señora anciana y enferma.

—Sí, en efecto, un joven á quien oí llamar Juan.

—Juan Pérez y Aguilar: ese es el hombre á quien amo.

X

Al escuchar la revelación de María, quedóse Paula triste y pensativa: su primer impulso fué condenar enérgicamente un amor que no hallaría, á su juicio, honesta correspondencia y que sería fuente copiosa de amarguras y desengaños; pero guardó silencio porque temió aligir á María,

arrancándole bruscamente las flores de la esperanza que comenzaban á germinar en su alma de virgen. Transcurrieron algunos minutos hasta que, al fin, levantóse Paula exclamando:

—Ya es hora de partir, vámonos, que tu tío estará aguardándonos con impaciencia.

Incorporóse también María y ambas comprendieron su vuelta á casa. Caminaban las dos mujeres sin desplegar los labios, Paula tristemente impresionada por las revelaciones de María, y María inquieta y desasosegada por el silencio de Paula. Caminaron así durante algún tiempo, hasta que María, no pudiendo soportar las dudas que la asaltaban, dijo á su compañera:

—¿Te ha disgustado, acaso, mi revelación? Paula, por Dios, háblame con franqueza.

—Temo disgustarte, herir tu corazón.

—No, no, nada temas: háblame francamente, dime todo lo que piensas.

—Pues bien, María, con entera franqueza te hablaré, porque nada deseo tanto como tu bien, tu felicidad. ¿Tienes noticia de algún español que se haya casado con una mujer de nuestra raza?

—He oído contar que ha habido algunos.

—Muy pocos. Suelen los españoles prendarse de las indias; pero el deseniace de esos amores, raras veces es el matrimonio.

—¿Luego tú crees que Don Juan no se casaría conmigo?

—No, no puedo asegurarlo; pero de todas maneras temo que haga él lo que tantos otros: engañarte con promesas que nunca cumplirá y abandonarte luego sin piedad ni compasión. Necesario es que procedas en este asunto delicado, con la mayor prudencia. Si Don Juan vuelve, oculta de no manifestarle tus sentimientos ni aun con una simple mirada, guarda tu amor en lo más hondo de tu pecho, hasta que él dé á conocer sus verdaderas intenciones; ¿Cuánto mejor sería que no participaras de su amor, si es que alguno lo siente por ti? No sería mejor que te enlazaras á un hombre de tu raza? Los matrimonios desiguales suelen ser funestos.

—¡Paula, cuánto daño me están haciendo tus palabras!

—Lo siento, hija mía, lo siento con toda mi alma; pero quiero prevenirte contra las asechanzas de esos nombres blancos que, creyéndose superiores á nosotros, nos desprecian y nos humillan.

—Paula, tú odias á los españoles.

—No, pero les temo. Y si hoy manifiesto con más energía mi temor, desgraciadamente muy fundado, es porque se trata de ti. Sin embargo, no te aflijas, no llores, consulta á tu tío, que él sabrá aconsejar

te y dirigirte mejor que yo. Hablemos de otra cosa. Si tú me has hecho una revelación, también yo voy á confiarte un pequeño secreto.

—¿Un secreto? dijo María deteniéndose.

—Sí, pero continuemos caminando, que ya llegaremos al punto en que debo revelártelo.

Cuando las dos mujeres estaban próximas á la improvisada población, oyeron la voz de Pedro Dzul que las llamaba: apresuraron el paso, y cuando estuvieron ya cerca de Dzul, éste les ordenó que se ocuparan en preparar lo necesario para alojarse, con la mayor comodidad posible, á una viajera enferma que debia llegar á Helelechakán en breves horas. Dirigióse luego Pedro Dzul hacia la sabana, y Paula y María penetraron bajo los árboles del bosque: allí al pie de un árbol frondoso, se veía una piedra enorme; llegóse á ella Paula, removiola con pasmosa facilidad, y de un hoyo practicado en la tierra, extrajo una esfera ó bola formada de hojas de roble y de jabí, liadas con un largo y delgado bejuco: deshizo la bola y de su centro sacó un objeto que entregó á María. Era el tal objeto, un rosario de grandes cuentas de coral, engarzadas en cadena rica de oro.

—Hé aquí mi secreto, dijo á María, entregándole el rosario.

—¿Un rosario! ¿y dónde hallaste esa rica joya?

—Allí, bajo los árboles de este mismo bosque.

—¿Cuándo?

—El mismo día que regresamos de Campeche.

—¿El mismo día que regresamos de Campeche? ¡Ah! este rosario es de la señora Aguilar, de la madre de Juan. Es necesario devolverlo, Paula, ¿por qué razón lo has escondido? ¿por qué no lo entregaste á mi tío Pedro el mismo día que lo hallaste?

Había cierta severidad en el tono con que María pronunció estas palabras. Sonrojose Paula, y confusa y turbada, replicó:

—No ha sido mi intención apropiarme lo que no es mío: escondí esa prenda para evitar que me fuera robada durante estos días en que tantas gentes, de todas clases y condiciones, visitan á Helelechakán.

Paula era buena; pero no estaba libre de ciertos defectos ni podía resistir á las inclinaciones naturales de las gentes de su raza. Cuando el maya encuentra un objeto de valor, la primera idea que se le ocurre es la de substraerlo á las miradas de los demás, con la intención, por supuesto, de empeñarlo ó venderlo en la primera ocasión que se le presente; y tal idea no había dejado de presentarse en la imagina-

—Este será, entonces, continuó Paula, el regalo que te ofreció la señora Aguilar. — ¿Crees que vas a considerarlo tuyo este rosario? — Aunque así fuera a nuestro deber entregárselo. Vamos a preparar la casa para recibirla, porque el corazón me dice que ella es la enferma que espera milagro. — Y Paula y María dejaron el bosque y tomaron el camino de su casa.

Cuando Paula y María penetraron en la pequeña plazuela de la aldea, se oyeron pisadas de caballos y voces rumbo al camino de Campeche. Breves instantes después apareció, en efecto, en la plazuela un joven español, caballero en arrogante calazán, que detuvo su carrera no lejos de Paula y de María. Volvió María el rostro hacia el que llegaba, y una exclamación indefinible de sorpresa y de alegría se escapó de sus labios, cayendo luego, cual masa inerte, en los brazos de Paula.

— ¡María, María! exclamó Juan, que él era el caballero, aquí estoy ya de vuelta, sí; pero ¿qué tienes? ¿por Dios! ¿qué te pasa? — añadió sobresaltado, rapeándose precipitadamente de su cabalgadura, y lanzándose hacia María, le hizo aspirar el éter de un pomito que extrajo de la faltrique para. María fue volviendo lentamente de su desmayo, y abriendo los bellos y expresivos ojos, fijólos en su amado con ternura infinita.

Sintió Juan que su alma se iba a perder en los límpidos reflejos de la luz que aquellos ojos despedían, y fuera de sí, tomó entre las suyas una mano de María y llenóla de besos y de lágrimas.

Un momento después, llegó la señora de Aguilar conducida en una litera, y tocó a los personajes de esta sencilla historia tomar el camino de la casa de Pedro Dzulur.

XII

Serían las seis de la tarde de aquel mismo día. El sol casi tocaba la línea del horizonte, y sus últimos reflejos teñían las nubes de ese color rojizo que suele observarse en Yucatán, durante las puestas del sol, en ciertas épocas del año; color que se extendiéndose como un manto de escarlata en la bóveda del cielo, parece incendiar

la atmósfera, comunicando á la naturaleza cierto aspecto melancólico no desprovisto de misterioso encanto. Luz y resplandores era todo hacia el Ocaso, mientras que las sombras de la noche comenzaban á avanzar con timidez por el Oriente. Brotaban las sombras bajo los árboles frondosos del bosque de Helechiakán, y sólo las copas elevadas de los mismos árboles y la sabana del descanso, aparecían aún iluminadas con los últimos reflejos de la luz. Sobre las cimas lejanas de la sierra veíanse flotar, como grandes jirones de púrpura y oro, algunas nubes de formas extrañas y caprichosas. Entre las ramas de los árboles se escuchaba el rumor del aleteo de los pájaros que se acondicionaban en el caliente fondo de sus nidos; las aves nocturnas comenzaban á aparecer, unas cerniéndose sobre los aires ó deteniéndose sobre los parajes más elevados, dejando oír sus graznidos estridentes, y otras emprendiendo á intervalos su corto y extraño vuelo, casi al ras de la tierra; los grillos saludaban la aproximación de la noche con sus agudos y desapacibles chirridos, y las vacas de cría encerradas en sus improvisados corrales, aumentaban con sus mugidos la solemnidad y tristeza de las postreras horas de aquel día.

La casa de Pedro Díaz se hallaba, en tales momentos, henchida de hombres y mu-

jerés, en cuyos portes se advertía el más raro contraste: parecían dominados por la solemnidad de un acontecimiento triste y funesto, á juzgar por sus rostros serios y sus graves continentes; y sin embargo, en las manos de todos se veían grandes ramos de flores que indicaban el propósito, pues tal era la costumbre que se observaba en aquellos tiempos, de honrar y conplimentar á algún elevado personaje.

En uno de los extremos de la sala levantábase un pequeño y rústico altar, sobre el que se elevaba una cruz de madera adornada de flores silvestres, y en el otro extremo, en una hamaca de hilo de henequén, se veía, envuelto en blanca sábana, el cuerpo de una mujer, cuyo rostro pálido y demacrado, indicaba que sufría una grave dolencia. De rodillas junto á la hamaca, y sosteniendo con el brazo izquierdo la cabeza de la enferma, veíase á un joven que fijaba en ésta una mirada llena de ternura, y con el timbre de voz más dulce que hallar podía, la instaba á tomar un calmante, que con la mano derecha aproximaba á sus labios secos y ardientes. Nuestros lectores habrán conocido ya en la enferma á la señora Aguilar y en el joven á su hijo Juan. María se hallaba de pie hacia el otro lado de la hamaca, alumbrando con la luz de una vela de cera virgen aquel triste cuadro. Levantó Juan

cuidadosamente la cabeza de su madre y pudo tomar ésta, á duras penas, algunos sorbos del brebaje.

—¿Cómo os sentis, madre mía? preguntó Juan. Alzó los ojos la enferma al oír la pregunta de su hijo, se vió que sus labios se movieron como para formular una respuesta, pero no pudo articular una palabra.

Juan sintió que una mano de hierro comprimía fuerte y cruelmente su corazón; que un sollozo inmenso se levantaba del fondo de su ser, y que un torrente de lágrimas pugnaba por abrirse paso entre sus párpados; pero quedóse el sollozo detenido, sin estallar en su garganta, y las lágrimas apenas pudieron humedecer sus ojos. Era necesario no alligir á aquella pobre madre que luchaba con las ansias de la muerte. Juan dejó descansar de nuevo la cabeza de la enferma sobre las almohadas, se levantó, enjugóse el sudor que inundaba su rostro, y se dirigió hacia la puerta de la casa. Allí, de pie en el umbral, se hallaba Pedro Dzul, impresionado ante aquella escena de dolor.

—Mucho se deja esperar Fray Alonso (1) y temo que llegue tarde, díjole Juan.

(1). En el manuscrito que nos sirve de guía, no se dice cómo se llamaba este franciscano.

—Debe estar al llegar, respondióle Pedro. Como os dije, ya desde ayer mandé á suplicarle que viniera para tener con él una conferencia acerca de asuntos importantes relativos á esta nueva población, y además, al llegar ustedes, he mandado salir violentamente para Pocho á un mensajero que apresure su viaje.

—Mi pobre madre se muere, Pedro.

—No perdáis la esperanza: Fray Alonso es, además de sacerdote, un gran físico á quien he visto realizar maravillas en todos los pueblos de esta comarca. Pero me parece que es él quien viene ahí....

En efecto, algunos indios, provistos de antorchas, avanzaban hacia el camino carretero, en donde se divisaba un grupo de seis indígenas que traían en hombros una camilla. Entonces Pedro Dzul, seguido de todos los hombres y mujeres que llenaban su casa, salió al encuentro de la camilla, que llegó pocos momentos después, saliendo de ella un franciscano venerable. Avanzó Pedro Dzul hasta llegar junto al sacerdote, y besándole la mano con religiosa humildad, le entregó su ramillete. Acercáronse, en seguida, todos los demás hombres y mujeres que allí estaban, y uno en pos de otro, fueron saludando al Reverendo Padre, besándole la mano y entregándole los ramilletes, que siendo ya mu-

chos, encomendaba á las personas que se hallaban más próximas á él.

—¿Y la enferma en dónde está? preguntó á Pedro Dzul, pues ya por el mensajero tenía noticias de ella.

—Aquí en mi casa, señor: podéis entrar desde luego á verla.

Juan, que como hemos dicho, estaba en el umbral de la puerta, avanzó al encuentro del sacerdote, y saludándolo y besándole la mano.

—Señor, le dijo, mi pobre madre, postrada en el lecho del dolor por una grave enfermedad, necesita de los consuelos espirituales de la religión; pero sé que además de Ministro del Altísimo, sois físico insigne, y así os ruego, que al par de atender á sus necesidades espirituales, veáis de volver á su cuerpo la salud que le falta, ó cuando menos, prolongar su vida cuanto sea posible.

—Haré, hijo mío, lo necesario para atender á sus necesidades corporales y espirituales, y aunque no soy insigne en el difícil arte de curar, poseo algunos conocimientos y no dudéis que haré todo lo posible (aunque los elementos con que contamos en estas comarcas, son bien reducidos), para tornarla á la salud ó para prolongar su vida.

Penetró en seguida el Padre hasta donde la enferma estaba, y sentándose en rús-

tica silla de madera, comenzó á examinarla atentamente; el pulso, la lengua y el pecho, fueron las regiones principales de su minucioso examen, terminado el cual, preparó él mismo una poción compuesta de medicamentos que traía entre su reducido equipaje, poción que le administró en el acto, personalmente. Dos ó tres horas después se presentó el alivio, y la señora, aunque con penoso esfuerzo y voz apenas perceptible, pudo hacer su confesión general y recibir el sagrado Viático. Durante estas últimas ceremonias, Juan estuvo de rodillas, anegado en llanto, que le era ya imposible contener; á cierta distancia del lecho de la enferma, para evitar que ésta advirtiera su aflicción, cubriase el rostro con un pañuelo, dando rienda suelta á sus lágrimas y curso libre á sus sollozos.

Terminadas las sagradas ceremonias, el franciscano se aproximó á Juan, y estrechándole cariñosamente la mano, le dijo:

—Hijo mío, cristiano sois, y como buen español, tendréis entero y firme corazón. Vuestra madre está grave, tan grave, que creo difícil que vea la luz del día de mañana. Sabéis, hijo mío, añadió, al ver que la aflicción de Juan crecía, que la muerte no es más que el tránsito de esta vida llena de miserias y amarguras á otra mejor, preparada para las almas de los justos. Cumplid vuestros últimos deberes de hijo

y de cristiano: haced que preparen un sepulcro conveniente, y estad pronto á recibir la última bendición de vuestra madre. Yo estaré junto á ella hasta que exhale su postrer suspiro.

Transcurrieron algunas horas. Fray Alonso rezaba algunas veces, y otras, ayudado de Juan y de María, administraba á la enferma el medicamento por él preparado, que sería quizás un calmante energético. Hacia media noche el alivio era más notable: después de un sueño largo y profundo, abrió los ojos la señora Aguilar, y con voz más perceptible que antes, llamó á su hijo Juan. Aproximóse éste junto al lecho, é hincando en tierra una rodilla, tomó una mano de su madre.

—Hijo mío, dijo ésta, mi sueño está próximo á realizarse: siento que la muerte se va apoderando de mí paulatinamente; que el frío que entumece las extremidades de mi cuerpo va subiendo, subiendo, y que pronto llegará á apoderarse de mi corazón, que es el centro de la vida. Voy, pues, á dejarte para siempre: te quedas solo en la tierra, sin más compañía que mis restos mortales que te suplico no abandones jamás. Prepárame un sepulcro en el bosque del descanso, que será para mí del descanso eterno. Condúctete siempre como buen español, y sobre todo, como buen cristiano, y cuando sientas que tu virtud

vacila ó cuando te atributen los sinsabores y las angustias de esta vida, ve á orar á mi sepulcro, que allí estaré yo para darte, con el permiso de Dios, la fortaleza que te falte, ó para infundirte la esperanza y la conformidad que te sean necesarias. Recibe, hijo mío, mi bendición, añadió la anciana, extendiendo sus flacas manos sobre la cabeza de Juan.

En este momento solemne se aproximó María, llevando en la mano un rosario.

—Señora, dijo, ya que el alivio que sentís os permite escucharme, perdonad que os moleste entregándoos este rosario que hemos hallado bajo los árboles del bosque.

—Yo lo perdí el día de nuestro paso por Helelchakán, dijo Juan.

—Me alegro, mucho me alegro de que haya parecido. Este es, María, el obsequio que quería hacerte; y volviéndose á su hijo,

—Juan, dijo, coloca este rosario en el cuello de María.

Juan obedeció. Cuando María sintió en el cuello el contacto de las manos de Juan, vivo rubor tiñó sus mejillas, y apenas pudo balbucir una corta frase de agradecimiento á la señora de Aguilar.

Juan volvió á arrodillarse, y aproximándose á su madre, dijola en voz muy baja, de manera que no pudiera ser oída por los demás:

—Madre mía, no quiero ocultaros por más tiempo un secreto, pues jamás los he tenido para vos, y mi vida sería siempre una constante amargura, si no os revelara lo que pasa en mi corazón: amo á María: si este amor no es de vuestro agrado, decidmelo para que lo olvide, pero si es de vuestra aprobación, bendicidme.

Volvió los ojos la señora Aguilar hacia María y quedóse contemplándola por breve rato, extendió las manos, y tomando una de María y otra de Juan, indicó su deseo de que se unieran. María, profundamente emocionada, cayó de rodillas junto al lecho de la enferma, y sintió entre la suya la mano de Juan.

—Esta es, queridos hijos míos, la completa realización de mi sueño; yo soñé morir en la sabana del descanso; he visto un sepulcro cerrado por dos columnas en que se veían las iniciales del nombre del padre de mi esposo; pero he visto también que una casa modesta se levantaba no lejos de mi sepulcro, y que en esa casa vivía el hijo de mi corazón, rodeado de su esposa y de sus hijos. Dios os bendiga y bendiga vuestro amor, como yo les bendigo.

—Os juro, madre mía, que seré el primer poblador de Helechakán, y que jamás me alejaré de vos ni de la sabana del descanso.

Una sonrisa se dibujó en los labios de la moribunda, quedando luego ésta sumergida en profundo letargo. Algunas horas después, los estremecimientos de su cuerpo y las contracciones de su semblante, indicaron claramente que la agonía se presentaba. El Padre franciscano arrodillóse junto al lecho y comenzó á recitar la recomendación del alma. Renunciamos á describir aquella escena de dolor: los que hayan tenido la desdicha de perder á su madre, comprenderán la inmensa amargura que se había apoderado del corazón de Juan. Al alborear la luz del nuevo día, rindió la señora Aguilar su alma al Creador.

Juan unió los párpados de aquellos ojos que no debían volver á ver la luz del día, de aquellos ojos que tantas veces le habían mirado con ternura. María estaba desolada: lloraba como si su propia madre hubiera muerto.

XIII

La tumba de la señora Aguilar fué abierta en la orilla Sur del bosque de Helechakán: sobre ella se veían las dos columnas de las iniciales y una rústica cruz de madera adornada con coronas de flores tejidas por las manos de María. Juan pasaba largas horas junto á aquella tumba, orando por el alma de su madre.